

Escuchar a los pajarillos

Llevábamos meses esperando contemplar los centenares de colores de las centenarias hayas. Por fin visitábamos el Hayedo de Montejo. Entre el rojo, naranja, verde, marrón, amarillo... de los árboles, daba la sensación de encontrarse en un cuadro de cualquier gran paisajista. Siento que Sorolla habría plasmado a la perfección lo que yo solo puedo dejar a la imaginación, pero supongo que es parte del encanto de las palabras.

Ni mis padres ni mi hermano pequeño ni yo dábamos crédito a este gran festín sensorial: Un agradable olor a tierra y a húmedo, a raíces, a origen; un viento removiendo en nosotros la libertad que a veces olvidamos que poseemos; un gran coro de alegres pajarillos que nos deleitaba a aquellos dispuestos a escuchar; una celebración de la naturaleza en su más pura forma, la vida. Y sin embargo, podía notar un regusto amargo, como a decepción. Es entonces cuando caí en la cuenta del anormal calor que hacía, ese calor que hacemos. Me encontraba en un entorno mágico, y no podía evitar pensar en las maravillas que nos regala el mundo, esas que a cambio destruimos. Mi mente viajaba a la costa, donde el nivel del mar sigue subiendo, hasta el punto en que millones de personas en todo el mundo van a tener que desplazarse de sus casas, de sus vidas. Continuó su viaje al polo, donde la imagen de esos desmayados y luchadores osos me atormentará hasta que pueda decir que he hecho algo por evitarlo. Siguió su viaje hacia Andalucía y todas esas demás zonas de sequía, en las que los agricultores ya solo cultivan esperanza. Viajó a los hospitales, pues según aumenta la temperatura, así aumenta el número de personas de las que nos despedimos, lamentando que marchen pero olvidando rápidamente su causa. De repente encontré repugnante ese olor a tierra, pues solo podía pensar en que la estamos destruyendo; esos pájaros ahora me recordaban que no todos estamos dispuestos a escuchar; esa celebración de la vida me alertaba de que no durará mucho más si continuamos a este ritmo. Es realmente triste llevar tanto tiempo esperando esa visita, y acabar por querer marcharme de allí cuanto antes. Lo que más nos dolerá, es saber que pudimos haberlo impedido, que poseíamos la libertad para actuar, aunque a veces necesitáramos que el viento nos lo recordara; y que aún así, decidimos seguir sin escuchar a los pajarillos.